



SE PUBLICA
UN CUADERNO SEMANAL.

PRECIO, UN REAL
al recibir el número.

AÑO I.

COLABORADORES.

CASTELAR, BARCIA, ORENSE, Y Y MARCALL, FIGUERAS, SUÑER, GARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PEREZ, JOARISTI, CALA, CORDOVA, SANCHEZ RUFO, PIEDRA, ALTADILL, ZAPATA, TARRERA, ESTEBANER, SOLER, MERCADO, LOZANO, BASTRE, ANER, VALDÉN, FLORES, LAFUENTE, MINOUST, SIERRA, COLL, PINEDO, ALMIPALL, RUBAT, LOSTAU, CLAY, RUPA, CARRION, ETC.

DIRECTOR,

Enrique Rodríguez Solís.

EDITORES

J. CASTRO Y COMPANIA.

ADMINISTRACION:

Plaza de la Cebada, 11, Madrid.

NÚM. 24.

MADRID 16 DE DICIEMBRE DE 1871.

SUMARIO.

TEXTO.—La Commune, por Vicente Prumed.—La Anarquía, por F. Flores y García.—Oliverio Cromwell, por L. García del Real.—El soldado, por Ernesto García Ladevère.—El martirio de la elocuencia, por Mendez Elizaburu.—¿Quién es el pueblo? por Ubaldio R. Quiñones.—Conocimientos útiles, por Nazario de Joss.—Publicaciones.—Descripción de grabados.—La cantinera republicana (novela).—Revista general, por E. Rodríguez Solís.

GRABADOS.—Vendedor de pescados en Málaga.—Patio de las Almudiecas en el alcázar de Sevilla.—Puerta de la catedral de León.

LA COMMUNE.

¿Quién sabe si los *comuneros* de París de 1871 llegarán a la apoteosis?

¿Quién sabe si los nombres de todos los miembros de la *Commune* ocuparán un lugar preferente en la historia de la Francia?

Ciceron cayó muerto bajo el puñal de los asesinos.

Escipion se vió desterrado de su patria, libre aun: terminó en un paraje solitario; y más tarde la posteridad llamó la TORRE DE LA PATRIA a las ruinas de su sepulcro.

El célebre Mário hubo de sepultarse cerca de unos pantanos, huyendo de la persecucion de hombres ingratos y desleales a quienes hiciera libres.

Los célebres *comuneros* españoles Padilla, Bravo y Maldonado fueron asesinados en Villalar, por haber querido defender los fueros del país y repeler a los extranjeros flamencos que le oprimian y explotaban.

Porlier y Lacy; Torrijos, Manzanares y Riego, todos perecieron en el cadalso, cual perversos criminales, por querer liberar a su patria del férreo yugo del despotismo de los reyes.

Y despues han sido considerados como héroes e inscritos sus nombres con letras de oro en el santuario de las leyes.

Pues bien: lo mismo sucederá sin duda alguna con los *comuneros* de París.

Eillos, por más que otra cosa digan sus enemigos, por más que deduzcan sus calumniadores, hicieron el sacrificio de sus vidas: fueron mártires de la gran idea que salvara a la Francia en otras ocasiones.

Háse querido imputarles el incendio, los asesinatos que afigieron a París algunos dias; pero está demostrado ya que aquellos tristes acontecimientos fueron hechos aislados.

Probado está que no los autorizó, particular ni colectivamente, ninguno de los miembros de la *Commune*.

Pero aunque así fuese, sabido es que en los desgraciados tiempos de guerra civil se cometen siempre crímenes y desmanes.

Porque en época de agitacion y desórden la conciencia humana se borra y los hechos se suceden con extraordinaria rapidez, sin que pueda evitarlos la voluntad más enérgica.

El hombre en casos tales suele ser juguete de sus pasiones, de la de sus semejantes, y muchas veces de la desesperacion.

Empero el tiempo, la reflexion, amortiguan las pasiones de los hombres, llegando hasta extinguir en ellos el ódio: por una inspiracion de la Providencia el corazon humano se purifica con la meditacion y la calma.

Los lamentables acontecimientos de París, que todos deploramos, fueron una consecuencia precisa de la fatal situacion de la Francia; y de seguro no hubieran tenido lugar con el triunfo de la *Commune*: fué esta furiosamente atacada; vino la derrota, y con ella la desesperacion, el vértigo.

Exasperáronse las pasiones, desbordóse la muchedumbre, y quién contiene a la muchedumbre en momentos de rabia y desesperacion?

Necesitan las naciones de tiempo en tiempo extraordinarios y sublimes impulsos que renueven y reanimen su vigor.

Y los necesitan mucho más cuando la fatalidad hace pesar sobre ellas la mengua, el oprobio.

La Francia, la nacion más grande de Europa, se vió humillada, abatida y ensangrentada, por la cobardía ó la traicion de Napoleon y de sus generales.

Su numeroso y brillante ejército destruido, muerto, prisionero.

Sus mejores é inexpgnables plazas fuertes en poder de los alemanes vencedores, que ocupaban además la mayor parte del territorio francés.

Y en medio de este pavoroso cuadro, un gobierno débil, que contemporiza vergonzosamente con los enemigos, que persigue y rechaza el patriotismo y entrega los nuevos ejércitos franceses á los mismos generales que perdieron la Francia.

Pues bien; los hombres de la *Commune* intentaron salvar á su patria de la degradacion y la ignominia.

Abrieron la historia y leyeron en sus páginas que una de las instituciones más grandes, más admirables de la Edad Media, en Francia, fué la confederacion de los llamados *communes*, cuyo origen databa del siglo oncenó.

Y vieron que, gracias al primer desarrollo de la confederacion, al primer esfuerzo de los *comuneros*, la abyeccion inerte en que los franceses vegetaban, se convirtió en una energía fuerte, activa.

La historia lo dice.

Brilló la audacia, el movimiento, en todas las clases de la sociedad.

A la indiferencia, al quietismo, substituyó la movilidad, el progreso, que, penetrando en el fondo de la cosa pública, trajo en pos independencia, mejoras reales y positivas.

El sistema feudal, dominando entonces en todo su apogeo, sufrió una gran trasformacion en la parte que más desastrosa era para el pueblo, resultando mucho de bienestar general.

Los extraordinarios esfuerzos de los comuneros no produjeron al pronto todas las consecuencias que se esperaban; pero el tiempo y la constancia terminaron aquella prodigiosa obra.

Porque una vez puestos los pueblos en el camino de las reformas, cuando se convencen de que tienen derechos inalienables, precipitan su marcha á través de todos los obstáculos, hasta llegar al último límite que divisan en lontananza.

Los *comuneros* franceses de la Edad media aspiraron

á extender los gozes y derechos políticos del ciudadano.

Comprendian que con la posesion de aquellos derechos que antes no poseian, sujetaban al feudalismo y al poder real, obligándoles á respetar las franquicias personales y locales.

Y así, tras una larga série de años de sumision, mejor dicho, de esclavitud pesada y enojosa, la Francia quiso tener y los tuvo, dias de completa emancipacion é independencia.

Se propuso dominar y mandar á los mismos que antes la vejaban y oprimian, y de los cuales recibia órdenes y mandatos imperativos, y consiguió su objeto.

El pueblo francés, constituido en *comunidad*, adelantó rápidamente por la senda de la reforma social; y con esto se hizo sentir nuevamente el noble instinto de grandeza y de mejora, de libertad y progreso, elemento eterno de la dignidad humana.

La desmesurada ambicion de los reyes, el insensato orgullo del feudalismo, las continuas tropelias que irrogaban los señores al estado llano, hizo comprender á este la necesidad absoluta de formar ó sostener la confederacion.

Los plebeyos, pues, de las ciudades, de los pueblos, al constituirse en *comunidad* con sus municipios á la cabeza, se hicieron en el acto solidarios unos de otros.

Estipulóse que todo agravio, todo ultraje inferido á la *comunidad*, requeria una venganza general; y de este acuerdo resultaba que un solo *comunero* tenia por defensores á todos los demás.

Así todos los ciudadanos, el mismo dia que la *comunidad* se formaba, juraban sobre el altar exponer sus vidas en defensa de los demás.

Una vez establecida la *comunidad*, los asociados tenían deberes que cumplir y cargas que soportar.

Al primer toque de campana, todos los *comuneros* tenían obligacion de presentarse armados en el punto de reunion señalado de antemano: el que faltaba á este deber era condenado al pago de una multa bastante considerable.

El régimen de las *comunidades* produjo bien pronto en Francia una grande y verdadera revolucion social.

El hombre no fué ya una dependencia de otro hombre: gozó de libertad propia, y el producto del trabajo reglado en *comunidad* empezó á formar verdaderos ciudadanos: los habitantes de los pueblos *comunistas* estuvieron y continuaron en posesion de su libertad, fueros y franquicias, ensanchando los límites de la confederacion.

Los hombres de la *Commune* de 1871 no tenían que combatir el poder real ni el de los señores feudales; pero pugnaron por destruir la desastrosa influencia de una oligarquía militar que tantos males, tantas desdichas trajera sobre la Francia.

Quisieron separar de la esfera del gobierno á personas sospechosas, indiferentes, acomodaticias, que apoderados del mando y apoyados por una asamblea de rurales, tendia á destruir la República.

La *comunidad*, la federacion de los municipios, era el único medio de salvacion para los verdaderos republicanos: á él apelaron.

Pero la Francia, abandonada, abrumada con tantas desdichas, no respondió al llamamiento de los *comune-*

ros de París, y por eso sus miras patrióticas y levantadas se ahogaron en sangre. Ya lo hemos dicho: en pos de la derrota vino la desesperación, el vértigo; y este fué el origen de los incendios, de los asesinatos, que no mandó ni autorizó la *Commune*.

Si esta hubiera triunfado, de seguro no habría que lamentar desgracias tales.

Porque en política los sucesos más grandes varían: los hombres que los preparan se dirigen por lo común, en todas épocas, á los sentimientos más nobles y generosos; el hombre cuando camina denodado á las acciones heroicas, alcanza primero una completa abnegación de sí mismo; después se sacrifica por salvar á los demás.

No acusemos, pues, no calumniemos á los miembros de la *Commune*.

Ellos cumplieron con su deber como buenos; y no es justo atribuirles los incendios, los asesinatos, consecuencia de una situación desesperada.

Pero aun cuando la *Commune* hubiese autorizado semejantes crímenes, ¿cabría comparación entre estos y los ocasionados por la conducta de los asesinos de la Francia?

Por más que sean tristísimos, altamente reprobados por la sana razón, los incendios de varios edificios de París, la muerte de algunas personas, todo esto no puede compararse ni remotamente

Con la completa destrucción de los ejércitos franceses.

Con los innumerables muertos, heridos y prisioneros hechos por los alemanes.

Con la pérdida de la Alsacia y la Lorena, y de las plazas de Metz, Strasburgo y otras.

Con el incendio y el saqueo de poblaciones enteras.

Con las inmensas pérdidas particulares y locales.

Con la ocupación de lo mejor de la Francia.

Con la pérdida de un inmenso material de guerra y de una grande indemnización de millones de francos.

Y sin embargo, á los traidores, á los cobardes que tantas y tantas desdichas trajeron sobre la Francia, no se les acusa, no se les juzga, no se les condena!

Y por una de aquellas asombrosas anomalías, tan comunes en estos tiempos, son considerados y repuestos los cobardes y traidores.

Y ya que no supieron ó no quisieron sostener con valor y patriotismo las banderas de la Francia; ya que entregaron á su patria ignominiosa y vergonzosamente atada al carro de sus enemigos, se les vuelve á confiar el mando de los nuevos ejércitos franceses.

¡Y se les encarga el ataque, la destrucción y la muerte de los verdaderos republicanos... de la *Commune*...

La historia, imparcial y severa, hará justicia á todos. Teruel y Diciembre de 1871.—VICTOR PRUNEDA.

LA ANARQUÍA.

I.

[Oh cuadro horrible! pavoroso cuadro!
pintado tantas veces y á porfía
al sonar el horrendo baladro
del monstruo que han llamado la anarquía.
(Espronceda.)]

La revolución es la fiebre de los pueblos. Por eso en las grandes convulsiones políticas y sociales que deter-

minan las trasformaciones de las sociedades humanas, perece entre el confuso rumor, entre el choque constante de intereses y pasiones que se disputan el predominio de la tierra, el delirio sublime de los que, trastornados con la calentura revolucionaria, no consiguieron de aquel sacudimiento de la humanidad el resultado que habían concebido en su imaginación.

El sentimiento de la libertad es instintivo en el corazón humano. A no serlo, todavía no se habrían intentado las primeras revoluciones del derecho, ni tan innumerables mártires contaría la causa democrática, que puede considerarse como la base de todas las revoluciones políticas del universo.

En cada una de esas revoluciones el progreso viene señalando una nueva etapa al derecho humano en el orden moral, al paso que, transformando paulatinamente las costumbres públicas, va despertando la conciencia del hombre é ilustrando su inteligencia para el mejoramiento social, que siempre es una consecuencia precisa del mejoramiento político.

Políticamente consideradas, las muchedumbres han avanzado en el camino del progreso cuanto avanzar pudiesen y era de desear con relación al orden moral de la civilización presente; mas como todavía, por desgracia, la ciencia no ha resuelto histórica ni prácticamente el problema de la miseria del proletariado, y este, aunque por intuición, se encuentra en el caso de poder comprender la injusticia social que sobre sus fatigadas espaldas pesa, de aquí su impaciencia, su justificado delirio, su incesante deseo de adelantar á la marcha natural de la civilización.

Y como una consecuencia de estos delirios ha aparecido la utópica idea de la anarquía.

La anarquía es, según unos, la muerte del cuerpo político; el desquiciamiento de la sociedad, según otros; la perturbación y el caos, según aquellos; el perfeccionamiento humano, según estos; y el eterno recurso, la cartilla, como dijo Espronceda, *que aprende á gobernar todo ministro*.

Ni aun en el Diccionario de la lengua castellana encontramos una definición clara y precisa de la palabra anarquía; bien que esto no es extraño tratándose de una obra que publica la real Academia.

Nosotros, que estamos muy lejos de participar, si no de las creencias, de los temores de las clases conservadoras, daremos á la palabra anarquía la definición que, á nuestro juicio, la dan los que son verdaderos anarquistas científicos, ó mejor dicho, los que de buena fe creen á la humanidad susceptible de reforma tan radicalísima.

No son los anarquistas de nuestra época partidarios de las anarquías oligárquicas de los pueblos antiguos, no; aspiran á fundar la anarquía-armónica, basada en los derechos naturales y en la democracia moderna: si su teoría pudiese llevarse al terreno práctico, indudablemente llegaríamos al sistema de la perfectibilidad humana; mas ese es el escollo, la práctica: en su aplicación, no en su esencia, se encuentra la grave dificultad.

La anarquía, según la entendemos nosotros, es la abolición del Estado político, la extinción del principio de autoridad, la conciencia regulando el deber, el dere-

cho natural escrito en la inteligencia y obrando como ley universal de los mundos, el hombre gobernándose á sí mismo, la sociedad rigiéndose por sí sola.

Esto es una locura en nuestros tiempos, pero es una locura bellísima: un ideal quizá irrealizable en el porvenir, pero es un ideal grandioso, un sueño fascinador para los amantes del HOMBRE.

Haciendo abstracción completa del mundo que nos rodea; elevándonos sobre ese mar tempestuoso que agitan los huracanes de las mil y mil pasiones que en sí lleva la humanidad; desconociendo el crimen, la traición, el vicio y la envidia que germinan en el corazón del hombre; olvidando, en una palabra, el modo de ser de la naturaleza humana, y forjándose, como dice el palatino duque de Lorena, «un pueblo de dioses, él se gobernaría anárquicamente; porque un sistema tan perfecto no conviene á los hombres.»

Efectivamente: si estudiamos al hombre aun en sus más perfecto grado de civilización, de moralidad y de virtudes, hallaremos en él, en mayor ó en menor escala, los vicios y las pasiones inherentes á su naturaleza, á la materia de su *sér*, *finito* es imperfecto desde su primitivo origen.

La pureza de las costumbres, la práctica de la libertad, el ejercicio del derecho, la relación con la justicia y el cumplimiento del deber influyen mucho, moralmente hablando, en el perfeccionamiento del hombre como de la sociedad; modifica las pasiones, las contiene algun tanto, pero no las extirpa completamente; corrige el crimen, pero el crimen no desaparece totalmente de la tierra, porque pasiones y miserias, y miserias y pasiones, y vicios y crímenes trae el hombre consigo dentro de su *sér* al venir al mundo.

Si el hombre es la obra de Dios, solo á Dios le es dado penetrar en su organismo y modificarle á su antojo; solo Dios puede hacer un ángel de un demonio, ó un dios de un hombre.

Si el hombre no viene de Dios y si de la naturaleza, la naturaleza solamente puede cambiar las leyes constitutivas de su existencia en el orden material.

¿Cómo va el hombre, lleno de defectos, á corregir, á extirpar los defectos del hombre? Ni cómo va el hombre á corregir su misma naturaleza, que es un misterio para él?

Por eso nosotros, estudiando al hombre por la sociedad ó á la sociedad por el hombre, creemos irrealizable el bello sistema de la anarquía, en el buen sentido de la palabra.

La anarquía, á ser posible su planteamiento, viene á garantizar sólidamente la libertad colectiva; pero ahoga, esteriliza por completo el esfuerzo y la libertad individual. Así, el individuo, económicamente libre, es socialmente esclavo; por eso no podemos explicarnos el cómo pretenden los anarquistas plantear su sistema sobre la base del dogma democrático, que garantiza ante todo los derechos individuales.

La fuerza y la libertad constituyen la conservación de cada hombre; y como la anarquía no es otra cosa que la suma, el total de las fuerzas y libertades individuales, resulta, necesariamente, que el individuo se pierde en la sociedad, *empañando* su soberanía y su derecho.

Esta dificultad, dice Rousseau, se puede enunciar en la forma siguiente: «Hallar una forma de asociación que defienda y proteja con toda la fuerza común la persona y bienes de cada asociado; y por la cual uniéndose cada uno á todos, no obedezca sino á sí mismo, y quede tan libre como antes.»

Según llevamos dicho, dada la universalidad de sentimientos, de caracteres, de temperamentos y de pasiones que concurren en el *sér*, es de todo punto imposible encaminar á un objeto determinado todas las aspiraciones de todos los seres que componen la humanidad.

A ser posible que todos los hombres pensasen del mismo modo, la anarquía sería un hecho sin que nadie abdicara su libertad individual.

En otro lugar dice el autor del *Pacto social*: «Toda justicia viene de Dios: él solo es su origen, y si nosotros la supiéramos recibir de tan alto, no tendríamos necesidad ni de gobiernos ni de leyes.»

Ciertamente que, á ser posible poner al hombre en relación con el autor de lo creado para recibir su justicia suprema; que á ser posible que el hombre interpretara en toda su pureza esa divina justicia, no tendríamos necesidad de gobiernos ni de leyes. Mas como el hombre *no sabe recibir esa justicia de tan alto*, de aquí la necesidad imperiosa del gobierno, de las leyes; del principio de autoridad, en una palabra.

No dejamos de conocer que las leyes de la justicia, hechas por los hombres, hacen á veces bien al malo y mal al justo; por eso queremos, en vez del poder absorbente de una clase, el poder democrático, la voluntad general para la fabricación de esas leyes, por las cuales se han de regir todos los que á su formación contribuyeron. Por eso preferimos á la anarquía, que no garantiza el derecho individual con ninguna ley escrita, el gobierno del pueblo por el pueblo, sintetizado en la República democrática federal, que asegura y protege el derecho de cada uno en particular y el de la sociedad en general.

Hay que considerar todavía bajo diferentes aspectos y bajo formas diversas el sistema de la anarquía.

Tan grandes ideas bien merecen el detenido examen, el análisis reposado y tranquilo del hombre pensador que por el bien común se interesa.

La anarquía destruye todo poder en el orden político, extingue todo privilegio en el orden social y extirpa toda supremacía en el orden económico.

En el próximo artículo nos fijaremos en este último punto.

F. FLORES Y GARCÍA.

(Se continuará.)

OLIVERIO CROMWELL.

II.

SUS ACTOS COMO REPRESENTANTE DEL PUEBLO Y COMO GENERAL, HASTA LA MUERTE DE CARLOS I.—DICTADURA Ó PROTECTORADO.—CONSECUENCIAS DE LA REVOLUCION INGLESA.—FIN DE CROMWELL.

Conocida ya del lector la situación crítica á que el despotismo de Carlos I. hubo de reducir á la nación bri-

tánica, llega la ocasión de exhibir el cuadro en cuyo fondo rojizo y nebuloso descuellos una de las figuras más grandiosas y terribles que han surgido del seno de las revoluciones.

Llegado inevitablemente el trance de la guerra civil entre el monarca y el Parlamento, empezó a distinguirse Cromwell en la batalla de Marston-Moor. El general realista, príncipe Ruperto, había obligado a los parla-



VENDEDOR DE PESCADOS EN M. ALAGA.

Ayuntamiento de Madrid

mentarios, reunidos con los escoceses, á levantar el sitio de York; pero encontrándose poco despues ambos partidos, en número de cincuenta mil hombres, en las llanuras que dieron su denominación á dicha batalla, largo tiempo indecisa, Cromwell, á la cabeza de un cuerpo de tropas escogidas y disciplinadas por él mismo, acometió con ímpetu tan irresistible el ala derecha de sus enemigos, que á pesar de los esfuerzos heroicos del príncipe cundió en sus filas la más desastrosa confusión, convirtiéndose á poco en vergonzosa huida. Un sinnúmero de banderas, un botín abundante y toda la artillería del príncipe fueron presa de los victoriosos soldados del pueblo, y las aclamaciones al caudillo vencedor resonaron en todos los ámbitos de la nación.

A consecuencia de su popularidad, Cromwell halló el medio de hacer compatible un puesto en el Parlamento con el importantísimo cargo de lugarteniente general de los ejércitos, cerca de Fairfax, su generalísimo. Tal compatibilidad dió entonces una fuerza al Parlamento, de la cual, abusando más adelante, hubo de resultar la dictadura.

Cromwell, que, aunque el segundo en la jerarquía, era realmente el jefe principal, el más autorizado del ejército desde la batalla de Marston-Moor, se dedicó sin descanso con el cuidado de un padre y con la severidad de un maestro á mejorar la condición del soldado, atrayéndose sus simpatías, no solo por el prestigio, sino tambien por el carino, y sin atenuar en manera alguna la rigidez de disciplina que estableciera, igual desde el primero al último de los grados.

Este ejército, su hechura, fué el que condujo á pelear en Naseby (año 1645), y en esta aldea desconocida, del condado de Northampton, hubo de darse la más sangrienta y trascendental de las batallas de aquel siglo, la que decidió, sin otra apelacion, por decirlo así, de la suerte de Carlos I. Mandaba este en persona la reserva de sus tropas, cuyo cuerpo principal obedecía á las órdenes de lord Asteley, mientras que el príncipe Ruperto conducía el ala derecha y sir Marmaduke Langdale la izquierda. En el ejército parlamentario Fairfax y Skippon regían el cuerpo principal, Cromwell el ala derecha y su yerno Ireton la izquierda.

A esta última cargó el príncipe Ruperto con su acostumbrada impetuosidad, destrozándola y persiguiéndola; pero perdió un tiempo precioso en apoderarse de la artillería, en tanto que Cromwell atacaba y dispersaba, no sin tenaz resistencia, la formidable caballería de los realistas. En el ínterin, la infantería de unos y otros se sostenía con ardor igual sin ceder un palmo de terreno. Momentos hubo en que se vieron arrollados los batallones de Fairfax y Skippon; pero el génio de Cromwell llegó en su auxilio, cargando de flanco con tal vigor á la victoriosa infantería del monarca, que este, no hallando medio ya de evitar la funestísima y general derrota, trató de arrojarle en lo más terrible de la lucha y acabar con gloria una vida para la cual presentía ya muy próxima la ignominia del cadalso: ¡Desdichado monarca! Uno de sus magnates, apoderándose de la brida de su caballo, le privó del consuelo de aquel inútil heroísmo.

«El ejército de Carlos fué completamente dispersado, cogiendo los vencedores todos los prisioneros que quisieron. Casi todas las fortalezas del reino cayeron en

poder de los parlamentarios de resultados de la batalla, y en todas partes parecía que se aproximaban á su ruina los intereses monárquicos (1).»

La revolucion creaba una nueva sociedad, unos intereses nuevos, un nuevo espíritu popular, unas instituciones nuevas y un derecho novísimo. Esto se pudiera añadir á las concluyentes palabras del distinguido historiador.

Cromwell se apoderó del monarca, poniéndole á disposición del Parlamento, en la apariencia, pero realmente á su propia disposición; pues cuando el Parlamento trató de coger en sus manos las riendas del caído gobierno, tropezaron estas manos indecisas con las manos de hierro del gran caudillo revolucionario.

Habiéndose agitado la cuestion del licenciamiento de las tropas victoriosas, toda vez que no eran necesarias, terminada la sangrienta guerra civil, aquellas tropas que adoraban y obedecian ciegamente á su general, hubieron de negarse al licenciamiento, reclamando además amplísima amnistia para todos los delitos que durante la guerra cometieron.

El Parlamento respondió con severidad y firmeza, declarando que tales exigencias tendian no solo á la insubordinacion del ejército, sino al desórden de toda la nacion (2). Insistieron las tropas en su pretension, é insistió el Parlamento en no acceder á ella, manifestando que no consentiria que se le impusieran condiciones, y amenazando perseguir á sus autores como enemigos del Estado y perturbadores del reposo público.

Pero Cromwell pudo decir con César: «Tirado está el dado;» y dejó de ser el valeroso ejecutor de la justicia del pueblo al derrocar la tiranía, por convertirse á su vez en tirano. No bastó á su ambicion turbulenta ser el primer ciudadano de un pueblo grande que le debiera su libertad, y aspiró á un absolutismo que, no por encubrirse bajo el estandarte revolucionario, habría de ser ménos funesto que el de los reyes.

La nueva guerra civil principió, y Cromwell, con ocho mil de sus soldados escogidos, derrotó y dispersó por completo á veinte mil de los comuneros. Ya no habia remedio: las soberbias tropas trataban de anular los Parlamentos y encomendar á Cromwell y otros jefes el gobierno de la nacion; y el vencedor de Naseby, que al principio se mostraba tan solícito en pró de los comuneros, hubo de usar sin escrúpulo con ellos de las mismas violencias que empleara respecto al monarca.

Cromwell contaba principalmente para la realizacion de sus miras con la desunion del Parlamento, donde una minoria compacta de sesenta y dos miembros le obedecia servilmente. En vano la mayoría trató de reunir las milicias de Londres y preparar en esta ciudad una defensa formidable. La minoria, que habia huido al campamento de Cromwell, volvió con él á la cabeza del ejército, y al presentarse ante las puertas, milicias, Cámara y municipio, todo se entregó sin resistencia en brazos del dictador.

L. GARCÍA DEL REAL.

(Se continuará.)

- (1) Goldsmith: *Historia de Inglaterra*.
- (2) Guizot-Goldsmith.

EL SOLDADO.

Balada.

I.

Un día de Mayo
moría la tarde...
un pobre soldado con honda tristeza
dejaba su valle.

Lloraba su amada,
lloraban sus padres,
y el sol que moría allí en el ocaso
lloraba al nublarse.

¡Ah! ¿Quién no maldice
esa ley infame
que el joven amante le roba á la amada
y el hijo á la madre?

II.

Un día de Octubre
moría la tarde:
ejército inmenso por la ancha llanura
se lanza al combate.

Guerrero ambicioso
les grita: *¡adelante!*
y en ruda batalla los pobres soldados
á un pueblo combaten...

¡A un pueblo que odia
esa ley infame
que el joven amante le roba á la amada
y el hijo á la madre!

III.

Un día de Mayo
moría la tarde:
cruzaba las calles de un pueblo oprimido
grandioso carruaje.

Allí va mostrando
mil cruces brillantes,
aquel que otro día, guerrero ambicioso,
venió entre cadáveres.

Escolta le ha dado
esa ley infame
que el joven amante le roba á la amada
y el hijo á la madre.

IV.

¡Ah! ¿Quién ya se acuerda
de aquel triste valle?
En noches de Enero, allí en un palacio
las lámparas arden.

Alegres rumores
por las puertas salen,
y en medio del gozo que reina, la dicha
sofoca al magnate.

Un pobre soldado
se hiela en la calle...
¡La nieve no cesa... y hace tanto tiempo
que murió la tarde!

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

EL MARTIRIO DE LA ELOCUCION.

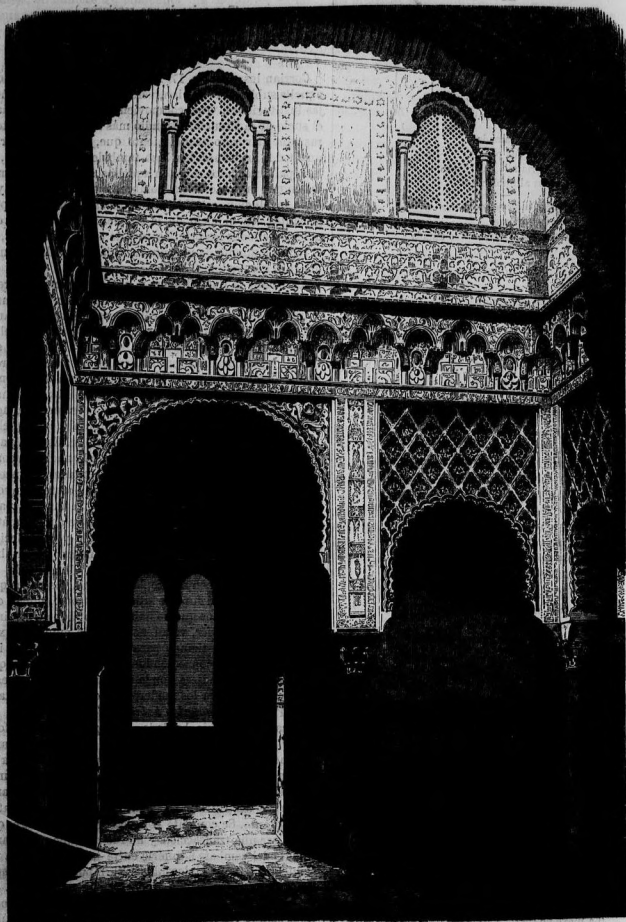
(Recuerdos de una revolucion.)

I.

Corrían los días de 1791 á 93, días de apogeo de aquella sublime revolucion, verdadero terremoto de añejas instituciones, que, conmoviendo hasta las entrañas el suelo de la Francia, extendió más allá de sus fronteras aque pavoroso sacudimiento que, si no hizo caer á una todos los tronos, los hizo tambalearse al ménos, é hizo palidecer á los reyes en aquellos supremos instantes en que la mano de un hombre, empuñando el rayo de la revolucion, escribía con él, en caracteres relampagueantes, en el cielo de la conciencia, el decreto de muerte de todos los privilegios y de todas las tiranías, y el reconocimiento de una nueva vida por medio de una nueva regeneradora filosofía.

Acabábase la Constitucion y era aceptada por el rey enemigo de los vitores del pueblo. La Asamblea Constituyente se iba á disolver, como para dormir y descansar de su titánica obra, cubriéndose los ojos con aquella corona de laureles que acababa de conquistar para su frente, y para mayor seguridad en su descanso, se proponía dictar una ley, por la cual quedarán sus miembros imposibilitados para ser reelegidos. El que se había levantado á defender aquel proyecto era un diputado alto, delgado, miope, bilioso, que aparentaba con aquella proposicion desentenderse del gobierno del Estado, para tomar más tarde él solo las riendas de la nacion y conducirla de escollos á precipicios: á las ciudades, de incendios á demoliciones; y á los hombres que osaran tan solo inspirarle temores, de las prisiones á la muerte, para luego él mismo, despues de ser el ídolo de aquel fanático pueblo, que le contemplaba encantado y emudecido perorar desde la tribuna de los montañeses, sentir ahogar su palabra y dejarse conducir, desangrado su cuerpo y tificando con su propia sustancia las calles que conducian hasta el funesto sitio del patibulo, donde cayeron tantos géneos que no habían cumplido su destino, y que, como *Chénier*, veían acercarse la muerte inexorable sin dejarles tiempo para revelar tantas obras inmortales, y solo concediéndoles un instante para que antes que se escondieran en la tumba pudieran golpear se la cabeza contra los maderos del cadalso, exclamando: «*Y sin embargo, algo había aquí.*»

Pocas veces había hablado *Robespierre* hasta entonces, y esta vez los Constituyentes le oyeron y la Asamblea aceptó la proposicion y se disolvió. Pero la obra no estaba acabada. El pueblo, más que á arrancar á la monarquía su prestigio y su fuerza, estaba decidido á aniquilarla y destruirla. La Constituyente no se había atrevido á tanto. Se contentó con elaborar un Código, que quiso ser una transaccion y no fué más que un aplazamiento del combate á muerte entre la reaccion y la revolucion. Faltaba el desenlace. El impulso estaba dado; empezó fuerte y concluyó por ser incontrastable. La última hora de la monarquía había sonado en el tiempo. Se esperaba el momento, y el alguien que diera el último poderoso empuje. Ese supremo esfuerzo la Asamblea legislativa le traía en su seno. Era la entrada en esce-



PATIO DE LAS ALMUÑECAS EN EL ALCÁZAR DE SEVILLA.

Ayuntamiento de Madrid

na de la *juventud*, palabra que siempre me ha parecido sinónima de idea nueva; que las nuevas generaciones creo, en mi sentir, están llamadas á ser las demolidoras de las viejas ideas. La Francia en aquel momento se hizo fuerte, vigorosa y entusiasta, con el entusiasmo, el vigor y la fuerza que le traían sus representantes, y que era el que necesitaba para demoler la base y derribar de un golpe aquel suntuoso edificio de vetustas tradiciones, para sepultarle en el abismo de lo pasado.

A la falange de encanecida senectud que poblaba los bancos de la Asamblea Constituyente, vino á suceder una muchedumbre de fogosa juvenil edad, que cuajaba los escaños de la Asamblea legislativa. La primera había dictado la abolición de los privilegios y había proclamado para el mundo los *Derechos del hombre*. La segunda iba á redactar la abolición de la monarquía y á decretar la *Convención nacional* que había de concluir la incompleta obra, borrando de la Constitución la palabra monarca, triste es decirlo, no con tinta, sino con sangre. En la primera había retumbado una voz imponente y terrible como el crujir del trueno que precede á la tempestad, como el rugir del león acosado por el hambre en medio de un desierto. En la segunda resonaba también una voz, no ya imponente ni terrible, sino simpática y sonora, como la voz de Orfeo, que amansaba las fieras con su canto. En la una, Mirabeau había hecho temblar las paredes, cuando fero y airoso revelara los Derechos del hombre, y en la otra Vergniaud había hecho vibrar los corazones, cuando triste y respetuoso leyera delante del rey y su familia el decreto de suspensión de la monarquía. Ambos eran géneos, pero de distinta especie, de opuestos caracteres. Este era más puro en sus ideas y en su conducta; quizás más elocuente; pero siempre menos enérgico. El uno, con una mirada y un gesto, era dueño de la Asamblea; el otro necesitaba todo un discurso para llegar á convencerla. El uno la intimidaba, el otro la conmovía. Aquel se vendía y hablaba en todos los tonos; este nunca defendió sino lo que su corazón ó su conciencia le dictaban. Mirabeau defendía en el día de hoy al rey porque le pagaba, y le combatía en el de mañana si le retiraba su sueldo. Vergniaud nació á la vida pública amando la República, y murió en el cadalso exhalando por ella el último suspiro.

La Francia había recorrido todos los rincones de su territorio, y donde quiera que había encontrado algo grande lo había trasplantado á París. Entre aquel tumulto de notabilidades que han dejado sus nombres á la historia, se distinguía un partido por la pureza de su credo y por su vigoroso ardor por la República, en cuyos miembros, como dice Quinet, se veía á los poseedores del porvenir, que entraron coronados de flores en la revolución, y para quienes la palma era anterior al combate. Entre aquel partido se distinguía un hombre por su inefable géneo y por su arrebatadora y luminosa elocuencia. El partido era el *Girondino*. El hombre era Vergniaud.

Diputado por Burdeos, donde se albergaba y se escondía su inspiración cuando fue arrancado para resplandecer desde lo alto de aquella tribuna, en la que estaba clavada la pupila de la humanidad; pobre, sin otro recurso que el ejercicio de la abogacía, la había abandonado á la voz de su patria, á la que se entregaba todo entero,

llena su alma de nobles esperanzas, y contento de ayudar al afianzamiento de la libertad en el porvenir. Partió, llegó á París, entró en la Asamblea, se dirigió á su banco, y después de sentarse y recorrer con su mirada aquel templo, se admiró de encontrar allí un algo que había llegado antes que él: su fama. Los periódicos hacían tiempo le habían presentado á la nación. Así es que el día en que por primera vez apareció en la tribuna, todo su auditorio se preparó en un atento silencio á escuchar la palabra de aquel hombre que, sin haber abierto sus labios, ni haber llenado todavía con su acento aquel recinto, traía un poderoso nombre, que hacía cambiar la mirada respetuosamente al menor movimiento de su persona y aguzar el oído extremadamente á la menor vibración de su garganta. Habló como hablaría la misma *Elocuencia*, y sus frases quedaron confundidas entre la música remuneradora de un general aplauso y el cadencioso murmullo de una mal reprimida exaltación.

Tal era Vergniaud. Sus amigos Guadet y Gémsonné, orgullosos de su correligionario, le llevaron en triunfo á casa de madame Roland, á aquel foco donde empezaban á reverberar, para luego esparramarse por toda la Francia, los albores de la República, y donde se emprendió aquella cruzada que comenzó en el seno y oscuridad del hogar doméstico, para concluir más tarde en el cadalso, á la luz del mundo y de la justicia ultrajada. Madame Roland trató á Vergniaud desde entonces, y aunque no llegó á ser de su afecto, no puede menos de reconocer, al hablarlos de él en sus *Memorias*, su admirable elocuencia, diciendo que «sus discursos, preñados de lógica, impregnados de fuego, llenos de ideas, resplandecientes de bellezas, sostenidos por una nobilísima conclusión, se hacen leer, aun después de pronunciados, con gran placer.» Pero como no encontraba en él el hombre que buscaba, continúa diciendo: «Sin embargo, no me agrada Vergniaud; encuentro en él el egoísmo de la filosofía; desdenando los hombres, seguramente porque los conoce bien, no se incomoda por ellos.» Y es que con más previsor talento que los demás, se abandonaba; no esperaba el triunfo, presentía la muerte.

Trabajaba poco, pero cuando lo hacía, su trabajo tenía una intensidad y una fuerza prodigiosa. Su brillante acusación al rey del 3 de Julio, llena de un perfume ciceroniano y de una dialéctica sorprendente, llevó la convicción á todas partes de que el rey era el causante de todas las desgracias. Combatió con el rey y venció al rey. Su oración fué el crepúsculo del 10 de Agosto. Inolvidable día 10 de Agosto. París entero parecía estar en ebullición. Las secciones, los federados y el pueblo se preparaban á atacar. Los nobles, los suizos y el palacio á defenderse. Luis XVI tuvo que salir de las Tullerías y refugiarse en la Asamblea. Vergniaud presidió. El rey se sentó á su lado, pero alguno pidió que se retirara, porque la Constitución no permitía que se deliberara en su presencia, y se le condujo á una tribuna, desde la cual contemplaba resignado en medio de su familia, el desenlace de aquella tragedia, en que él era la víctima. El choque se acababa de verificar. La patria en aquellos momentos hablaba; en las calles por boca del cañón, en la Asamblea por boca de sus representantes.

Allá, los suizos, esos últimos defensores de una monarquía que muere, acuchillados y despedazados por un populacho sediento de sangre y ennegrecido de pólvora. Acá, los diputados, esos primeros soldados de una República que nace, deliberando al compás del estruendo y las detonaciones, ébrios de patriotismo y poseídos de libertad. El combate fuera, la incertidumbre dentro. Se ignoraba quiénes serían los elegidos de la victoria. Córrase el rumor de que los suizos vencen y se adelantan á profanar aquel sagrado asilo. Los estampidos se acercan. Algunos se lanzan á la puerta á detenerlos, los demás permanecen en sus bancos. Otros miran á lo alto creyendo que el ángel de la muerte se cierne sobre sus cabezas, esperando que con sus anchas alas negras azote sus frentes. Vergniaud se levanta. Sereno, erguido, el rostro iluminado, la mirada altiva, y extendiendo los brazos como la estatua de la abnegación, exclama: «Señores: hé aquí el momento de morir dignos del pueblo, en el puesto á que nos ha enviado.» Los diputados y las tribunas contestaron como el eco de su voz quebrandose en aquellas bóvedas y extendieron á su vez las manos como para jurar. ¡Solemne y lúgubre juramento, que atestigüa cómo la libertad purifica las naciones y hace de cada ciudadano un mártir, cuando no puede convertirlo en un héroe!

Pasado el peligro, Vergniaud dejó la presidencia á Guadet, girondino tambien, y se alejó á redactar un decreto. Tomó en sus dedos aquella pluma con que iba á herir de muerte la monarquía. Luchó un instante con su corazón y escribió. Pocos momentos despues la Asamblea escuchaba de sus labios *la suspension de la monarquía y la creacion de una Convencion Nacional*, cuyos dos pasos prepararon la República, proclamada más tarde, el día 22 de Setiembre, y celebrada por los girondinos aquella misma noche en casa de madame Roland. Vergniaud estaba preocupado y callaba en aquel festejo de su triunfo. Cuando quiso brindar por aquella nueva institucion por la cual tanto habia hecho, madame Roland deshojó en su vaso algunas rosas de las que llevaba. Vergniaud levantó la copa y bebió. Luego, volviéndose á Barbaroux, le dijo: «Barbaroux, no son rosas, sino ramas de ciprés, las que era menester deshojar en nuestro vino de esta noche. Bebiendo por una República que se nutre con la sangre de Setiembre, ¿quién sabe si bebemos para celebrar nuestra muerte? ¡No importa, continuó; si este vino fuese mi sangre, aun lo beberia por la libertad y la igualdad!» Así presentia aquel génio, que personificando al pueblo en el memorable 10 de Agosto, habia arrancado la corona y el cetro de las sienes y la diestra de Luis XVI, arrojándolos en el sitio donde se habian desmoronado los privilegios y las tiranías, para que aquel monton de ruinas sirviese de pedestal á la Francia, trasfigurada y redimida por la República.

(Se continuará.)

MANUEL ELZABURU.

¿QUIÉN ES EL PUEBLO?

ARTÍCULO PRIMERO.

Cuando todo parece mutable en la marcha de las generaciones á través de los siglos, en medio de tanto

cambio y trasformacion tanta, los antiguos como los modernos han distinguido siempre dos clases en la sociedad separadas por diferencias radicales: la de los hombres libres y la de los esclavos.

Esta última, designada generalmente con el nombre de pueblo, fuera del derecho humano, fué siempre considerada como un conjunto de objetos útiles, más bien que como una agrupacion de seres racionales. Subdividida en varios rangos, en donde unos eran aun más esclavos que otros, sujeta á la clase superior segun el lugar y tiempo y con distintos grados de servidumbre.

Renúevanse las generaciones; cámbianse los gobiernos; se destruyen los imperios; modifícanse las costumbres, y cuando todo es variable en esta siempre movetiza tierra; cuando las clases mejoran, los pueblos adelantan y dulscifican sus usos, hay una clase que con nombres distintos parece relegada á una esclavitud sin fin y una miseria sin esperanza. El esclavo de la Edad antigua, el siervo de la Edad media, proletario en la presente, parece el Pólopo adherido á la tierra, extraño á todo cambio de gobierno, á la sociedad y á la humanidad, puesto que ni una ni otra han mejorado su triste estado, cuando todas las clases han ido mejorando.

Tanto pueblo destruido, tanta revolucion consumada, sorprende no hayan podido romper la ultrajante cadena que sujeta al carro de la servidumbre esa parte productora y más considerable de la humanidad, que se llama pueblo.

Ha podido dorarse, pero siempre el mismo irritante número de eslabones: hombres del privilegio, nobles, patricios, plebeyos, esclavos, desheredados; y decir que aun existe, cuando es la sola causa de todos los crímenes que afligen á la sociedad.

¿Quién no se estremecerá al recorrerla de un extremo á otro? ¡Hombres del privilegio de hoy! ¿En qué eslabon estarán vuestros nietos mañana si no teneis vinculado el primero? Esta sola consideracion, ¿no es bastante para que contribuyais á hacerla pedazos?

Empero consideradas ambas clases generalmente una investida de todos los derechos vedados á la otra; la una dominante, la otra dominada; la primera generalmente rica, la segunda generalmente pobre; estudiadas atentamente, ofrecen un fenómeno notable á la consideracion de todo historiador profundo, y bajo el punto de vista sintético dedúcense algunas consoladoras verdades, que en el curso de estos brevisimos estudios someto á la consideracion de mis estimados lectores, manifestando previamente lo que es el pueblo en el orden social, político y civil; porque la historia del pueblo es la historia de la humanidad; su estado, el verdadero estado del género humano, puesto que de un millar próximamente de individuos de que se compone, ochocientos millones pertenecen al pueblo, y él es en cada época la medida leal del progreso en las sociedades.

El pueblo es árbol inmortal cuyo fruto alimenta á la humanidad; sus individuos, hojas de este árbol que se renuevan de continuo, y cuyas flores, las virtudes eminentes, el heroísmo, abnegacion y génio, manifiestan la lozanía, robustez y fecundidad poderosa que en sí encierran; raices que nacen en las entrañas de la tierra; ramas que se dilatan sobre todo el haz de ella, siempre en movimiento, nunca en reposo; vedlos en todas partes y á toda s horas.



Al despuntar el día salen de su casa ó bañia, expuestos de continuo al sol, á la lluvia, al viento, al frío en invierno, al calor en verano; trabajan la tierra, depositan en su seno la simiente fructífera, la riegan con el sudor de su frente proporcionando el alimento necesario á todos: *estos son los hijos del pueblo*, para quienes la sociedad y las revoluciones imponen muchos deberes, sin concederles ningún derecho, explotándolos con distintos nombres y bajo formas diferentes.

Los que explotan las minas, abren carreteras y caminos, canalizan los ríos, taladran las montañas, tapan los bosques, unen los pueblos, descienden á las entrañas de la tierra para extraer todos los metales preciosos, arrancan al Océano sus tesoros, hacen hablar al papel, disponen de los elementos y juegan con el rayo; *estos son los hijos del pueblo*.

Los que funden metales dándoles forma, immortalizan las grandes acciones haciéndolas útiles á usos mil varios; trabajan la madera, tejen la lana, fabrican las telas diversas, la seda y el lino; hacen los zapatos y el pan; curten las pieles, miden la superficie de la tierra, los astros y el tiempo; combinan sus materias y hacen imperderlos los grandes hechos; *estos son los hijos del pueblo*.

Los que en continuos peligros surcan los mares, transportando de una parte á otra lo que no es propio á cada una de ellas, luchando siempre contra las olas y tempestades, lo mismo en los abrasadores trópicos que en los glaciales polos, ora para aumentar la riqueza general por medio de la pesca, ora para arrancar al Océano una infinidad de producciones útiles á la vida humana, los que construyen esos inmensos palacios fijos ó flotantes que encierran y transportan maravillosas producciones, signos indelebles de la sublimidad y grandeza que encierra el cerebro del hombre tocado por el dedo del Sér Supremo; *estos son los hijos del pueblo*.

Los que venciendo obstáculos mil sostenidos por su genio y talento toman su fuerza al vapor y la electricidad, dominan al viento, hablan de polo á polo, arrancan los secretos á los elementos, desarrollan y perfeccionan las artes, letras y ciencias; moralizan y dulcifican las costumbres, civilizan las naciones, rodeándolas de esa aureola moral que se llama gloria, haciéndolas más felices y dichosas al par que prósperas; aquellos como *estos son los hijos del pueblo*.

Los que día y noche en sus gabinetes de estudio trabajan sin cesar, propagan y difunden entre sus semejantes los conocimientos, producto de sus muchas vigilias, que han encanecido sus cabezas y surcado de arrugas su frente en una edad prematura, como los que pierden su vida en defensa de sus semejantes para asegurar el orden y seguridad de sus hogares, estos, como todos los que se fatigan, trabajan, padecen y sufren por aumentar la producción, cuyo trabajo se cambia en beneficio de la sociedad entera, siendo los más útiles á su dicha y los más indispensables á su conservación, *estos son los que constituyen el pueblo*.

(Se concluye).

URALEO R. QUIJANO



CONOCIMIENTOS UTILES.

Las fiebres intermitentes.—Su origen.—Medio seguro de evitarlas y de sanear los terrenos pantanosos.—Excitación á las autoridades.

Se quiere que todos los adagios expresen verdades inconcusas, y sin embargo, los hay muy controvertibles. Uno de ellos, usadísimo desgraciadamente, es el que dice: *por tercianas no tocan campanas*, ó lo que es lo mismo; las calenturas intermitentes son inofensivas y jamás mortales.

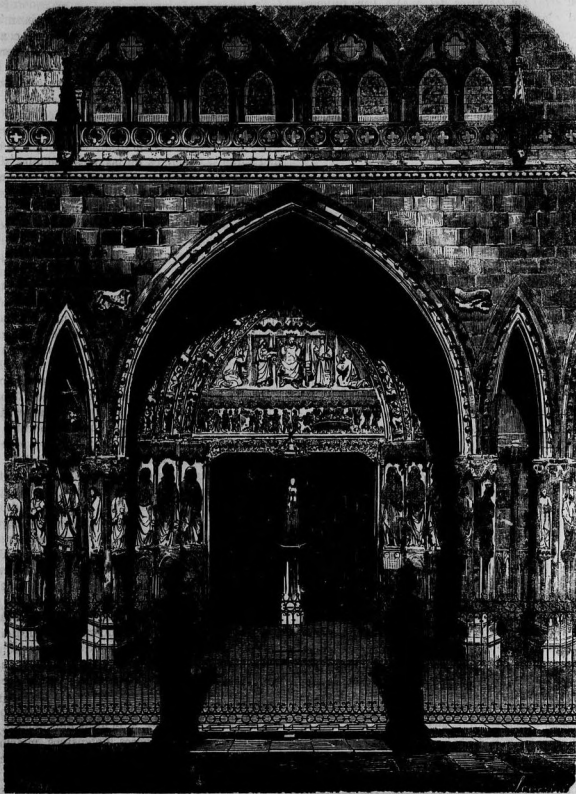
Desgraciadamente, repetimos, este refrán se usa mucho y para mayor desgracia, no porque la experiencia haya demostrado su exactitud, sino porque la enfermedad á que se refiere es de las más comunes y pertinaces. Claro es que si una dolencia muy común tuviese siempre un término fatal, el mundo estaría despojado; mas no porque muchos queden curados de las intermitentes ó las padezcan largo tiempo sin fallecer, dejan de ser también muchos los que mueren de ellas ó sin tenerlas ya, á consecuencia de los estragos que en el organismo les han producido; y luego, aunque las intermitentes en realidad nunca ocasionan la muerte, son un padecimiento de la humanidad, y el aceptarlo con la especie de estoicismo que del adagio mencionado se desprende, no es nada humano. Los padecimientos son los mayores enemigos de los hombres y es necesario dedicarse obstinadamente á combatirlos y vencerlos. Respecto á la enfermedad que nos ocupa, la medicina ha hecho lo primero con bastante éxito, combate la fiebre intermitente curándola, y en este punto no creemos que pueda pedirse más; ¿pero de qué sirven estas victorias de la medicina? El enfermo hoy curado viene á enfermar mañana de lo mismo que se le curó el día anterior, y en esta alternativa entre los medicamentos triunfantes y la enfermedad perpetuamente renovada, la máquina del paciente se destruye y hasta es dudoso que merezca el nombre de vida la existencia lánguida que arrastra. ¿Cuál es el motivo de que los esfuerzos de la ciencia obtengan tan efímeros resultados? Uno bien sencillo; las calenturas intermitentes proceden de un estado particular de la atmósfera, y para vencerlas es necesario que ese estado desaparezca, pues en tanto que subsista continuará ejerciendo su maléfica influencia y burlando todos los esfuerzos de la medicina.

Donde quiera que una masa de agua encubierta ó aparente permanece estancada y recibiendo sin arrastrar los despojos orgánicos abundantes, tienen que padecerse calenturas intermitentes. La doble acción del calor solar y de la humedad descompone esos despojos con extraordinaria rapidez, y el agua encenagada por ellos despiden, en vez de vapores inofensivos, miasmas venenosos en toda la extensión de la palabra, partículas pertenecientes á los reinos vegetal y animal, que vagando por la atmósfera inmediata á las aguas infestas la presantan con olor desagradable y la hacen dañina.

Todavía no están bien determinados la naturaleza y modo de obrar sobre nuestra economía de esos corpúsculos invisibles. Absorbidos en el acto de la respiración no parecen ejercer acción alguna directa en los órganos respiratorios, y la sangre de los tercianarios no ofrece signos de estar alterada por ningún elemento

extraño. Los miasmas palúdicos, que así se llaman, por proceder de las lagunas, cuyo nombre en latín es *pallus*, descienden ó se precipitan en parte en el aparato di-

gestivo, y su sola presencia basta para desarrollar muy pronto una afección tan intensa como prolongada, y tan extraordinaria en su marcha como triste en sus



PUERTA DE LA CATEDRAL DE LEON.

efectos. La calentura que acompaña á esta afección se manifiesta á intervalos regulares y precisos; es diaria, ó se presenta un día sí y otro no, ó cada tres ó cada cuatro días. Nosotros hemos visto un caso en que la fie-

bre que duró cerca de cuatro años, solo se presentaba de veinticinco en veinticinco días, plazo que se tardó bastante en reconocer, ó mejor dicho, que se descubrió casualmente, por haber las fechas de algunas *accessio-*

nes coincido con sucesos memorables para la familia del enfermo.

Manifestar aquí todas las opiniones emitidas á propósito del desarrollo de la fiebre intermitente, del de los miasmas palúdicos en el estómago, y de las circunstancias que lo favorecen ó limitan su duración, fuera demasiado largo. Examinar los métodos curativos empleados no entra en nuestro propósito; se ha reconocido que los astringentes son los remedios más eficaces, y á ellos es á los que se acude. La corteza de quina y las hojas de eucalipto, que precisamente son árboles nacidos en las regiones donde las emanaciones pantanosas son más abundantes y mortíferas, cortan las fiebres intermitentes; pero el que vive cerca de un foso de infección, de un pantano, de una corriente embalsada ó de una charca natural ó artificial más ó menos extensa, contrae de nuevo las calenturas con igual facilidad que el médico ha tenido para conseguir que cesen. Naturalmente, como continúa viviendo en la misma atmósfera, viciada é insoluble, sigue expuesto á contraer la dolencia que le aquejaba y á experimentar idénticos sufrimientos que antes.

Para que las intermitentes cesen de asolar una comarca hace falta que desaparezca la causa que las alimenta, y hasta hace poco la ciencia, sabiéndolo y conociéndolo, pero conociendo y sabiendo asimismo que acelerar el curso de las corrientes estancadas y desecar las lagunas y pantanos requiere miles de vidas y de millones, permanecía solícita en acudir al remedio del mal y se confesaba impotente para extirparle.

Ahora se ha dado en este asunto un paso gigantesco; se conoce un medio seguro é infalible de sanear convenientemente las comarcas cuya población diezman las calenturas. Los primeros ensayos se hicieron en los Estados-Unidos há muchos años, y do quiera que se han repetido la experiencia, se ha confirmado su bondad de la manera más terminante. Basta, para que las intermitentes desaparezcan de una localidad, sembrar en las orillas de las aguas encharcadas, donde el aire ú otras causas arrojan muchos restos orgánicos, una planta modestísima y de crecimiento inflexible; el girasol (*Helianthus annuus*) de todos conocido.

Se ignora si es la alimentación subterránea de las raíces ó la atmósfera de los tallos y hojas, si bien esto último parece lo más probable, la que absorbe las emanaciones deletéreas de las aguas cenagosas; lo positivo es que el girasol purifica esas emanaciones é impide que los que las aspiran contraigan afección alguna perjudicial.

Esta propiedad del girasol, conocida y comprobada, no cabe que en ninguna parte reinen las calenturas intermitentes de otro modo que descuidándose los particulares y autoridades hasta el más lamentable extremo.

Multiplicadísimas son las excitaciones que en todos sentidos se dirigen continuamente á los gobiernos y corporaciones populares locales para que adopten medidas en pró ó contra de determinados objetos no siempre igualmente importantes y dignos. Nosotros, desde que venimos escribiendo aquí, hemos demostrado diferentes veces que esperamos de la iniciativa individual más que de los mandatos autoritativos, y aun hemos pedido que estos, respecto á varias cosas, se restrinjan. No obstante,

en las cuestiones de higiene y salubridad públicas es menester que el movimiento parta de las regiones elevadas, que es donde hay instrucción, y que desde ellas se trasmita hasta el humilde extremo en que el hombre sin culpa ni intención suya, permanece en la ignorancia.

La siembra de girasoles en las inmediaciones de los sitios mal sanos donde se padecen tercianas debe impulsarse gubernativamente por prestación personal ú otro medio análogo. El girasol no es improductivo; su fruto es abundante, alimenticio y sabroso y sus tallos y hojas constituyen un buen pasto, y á poco que las autoridades, allí donde el vecindario, á pesar de sufrir las intermitentes, se resiste á propagar la benéfica planta que las aleja, se empeñen en que la propagación se haga, los inmediatos bienes que ha de producir levantarán enseguida todos los obstáculos. Tenemos fe en ello, y esperándolo no insistiremos más sobre el punto que hoy nos ha servido de tema.

NAZARIO DE JOSS.

PUERTA DE LA CATEDRAL DE LEON.

Edificada por el rey Ordoño II de Leon, que en ella fué sepultado, y destruida por las falanges de Almanzor, fué reedificada en el siglo x por orden del obispo D. Pelayo; mejorada en el siglo xiv por el obispo don Manrique de Lara, y terminada con el producto de las tercias de Saldaña, que cedió el prelado D. Gonzalo Osorio, y las numerosas dádivas de los pueblos.

De construcción tan sólida como esbelta, que hace exclamar á los leoneses: *Sevilla en grandesa, Compostela en fortaleza y Leon en sutileza*; consta de tres grandes y espaciosas naves con esbeltas columnas y grandes vidrieras de colores de arriba abajo, cuyo pintado se calcula en 50.000 ducados, y los cuales debían presentar un efecto maravilloso, si el capildo, sin duda por temor al frío, no hubiese tapiado el órden inferior.

Las portadas son magníficas, y de ellas podrán juzgar nuestros lectores por la copia que de una de ellas publicamos en la pág. 380.

PATIO DE LAS ALMUÑECAS

EN EL ALCÁZAR DE SEVILLA.

Hé aquí la descripción que de tan magnífica obra hace uno de nuestros más distinguidos escritores:

«El patio de las *Almuñecas* (ignoramos la causa de este nombre) consta de diez arcos de herradura, aunque en la ilustración que estampamos solo pueden contarse seis, quedando ocultos los otros á la vista, en razón de las condiciones perspectivas.

«Una faja con una galería de *alcátoas* muy sencilla la rodea, y por una bella puerta se ve al fondo un ajimez, que por su gusto y sus proporciones revela á primera vista que no le construyeron alarifes moros.

«El pavimento es de mármol blanco, resquebrajado é irregular; las columnas no tienen una gran esbeltez, y como se ve, no se ha cuidado de la simetría, siendo notablemente desiguales las dimensiones de los arcos; sobre estos y por los cuatro lados del patio corre una sen-

cilla inscripción africana, y sobre esta se asienta una cornisa de bovedillas prominentes con gruesos arabescos en los paños de sus arcos; sobre este cornamento hay una faja de adornos pesados, y sobre ella ajimecillos con celosías sencillísimas; el conjunto de este patio es muy bello, y sobre todo acusa la pureza del género árabe de la época á que este departamento corresponde.»

LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1793.

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuación.)

Es verdad que al fin se retiraron, pero tenían encima una división, y no han dejado en la plaza más que los fusiles y cartucheras de los muertos.

Con soldados como esos, Sr. Richter, creedlo, se tiene mucho adelantado. Las viejas razas guerreras son buenas, pero las jóvenes suben más, como las encinas nuevas sobre las viejas, y cuando las viejas perecen, las reemplazan estas. No creo que los republicanos huyan como decís; ya son excelentes soldados, y si encuentran un buen general ó dos, ¡cuidado! Y tened en cuenta que no es completamente imposible esto, porque entre quinientos mil campesinos se elige mejor que entre diez ó doce mil nobles; tal vez no sea tan fiera la raza, pero es más fuerte.

El viejo Schmitt se detuvo un momento para respirar, y como todos le escuchaban, añadió:

—Tomadme por ejemplo; si hubiese tenido la suerte de nacer en aquel país, ¿creéis que me contentaría con ser Adam Schmitt, sargento de granaderos con cien florines de pension, seis heridas y quince campañas? No, no, desechad esa idea; sería el comandante, el coronel ó el general Schmitt, con un retiro de dos mil *thalers*, ó haría mucho tiempo que mis huesos descansarían en algún rincón. Cuando el valor conduce á todo, se tiene valor; cuando solo sirve para llegar á sargento y hacer que asciendan los nobles, cada uno guarda su piel.

—¿Y la instrucción? exclamó Richter, ¿no la contáis para nada? ¿Acaso un hombre que no sabe leer vale lo que el duque de Brunswick, que lo sabe todo?

Volviéndose entonces Koffel, dijo con calma:

—Teneis razón, Sr. Richter; la instrucción es la mitad del hombre y tal vez las tres cuartas partes. Por esta razón se baten los republicanos hasta la muerte; quieren que sus hijos reciban instrucción como los nobles. La falta de instrucción produce la mala conducta y la miseria; la miseria produce las malas tentaciones, y las malas tentaciones producen todos los vicios. El mayor crimen delos que gobiernan el mundo es negar la instrucción á los pobres, para que las razas nobles sean siempre superiores; esto es lo mismo que si sacaran los ojos á los hombres cuando nacen para aprovecharse de su trabajo. Dios vengará estos delitos. Sr. Richter, porque es justo. Y si los republicanos derraman su sangre,

como dicen, para que no suceda por más tiempo esto en la tierra, todos los hombres religiosos que creen en la vida eterna deben aprobarles.

Así habló Koffel, asegurando que si sus padres hubiesen podido instruirle, en vez de ser un pobre diablo, tal vez hubiese honrado á Anstatt y hubiese llegado á ser algo útil. Muchos pensaban como él y se decían en su interior: «¿Qué seríamos si nos hubiesen instruido? ¿Acaso eramos más embotados que otros? No, el cielo da á todos su dulce luz y suave rocío. Teníamos buenas intenciones, queríamos justicia; pero nos han dejado en las tinieblas por cálculo y para mantenernos humillados. Esas gentes piensan subir impidiendo á los demás crecer; esto es abominable.»

Y yo, pensando entonces en el trabajo que se tomaba mi tío para enseñarme á leer en M. Buffon, me arrepentía de no aprovechar más sus lecciones y me sentía enternecido.

Viendo el Sr. Richter á todo el mundo en contra suya, y no sabiendo qué contestar á las juiciosas palabras de Koffel, se encogió de hombros, como diciendo: «Estos son locos henchidos de orgullo, á los que sería conveniente hacer entrar en razón.»

Comenzaba á reinar silencio, y el mauser acababa de hacer servir otra botella, cuando se oyeron bajo la mesa sordos gruñidos; miramos en seguida y vimos el corpulento perro rojo del Sr. Richter, dando vueltas alrededor de Escipion. Aquel perro se llamaba Max; tenía pelo corto, nariz hendida, abultados los costados, ojos amarillentos, largas orejas caídas y la cola encorvada como un sable. Era grande, seco y nervioso. El señor Richter acostumbraba á cazar con él durante días enteros, sin darle nada de comer, so pretexto de que los buenos perros de caza deben tener hambre para olfatear la pieza y seguir la pista. Quería pasar detrás de Escipion, que se revolvió sin cesar y levantaba la cabeza contral los lábios.

Mirando al Sr. Richter, vi que azuzaba á su perro por debajo de la mesa; el viejo Schmitt lo observó también, porque exclamó:

—Sr. Richter, hacéis mal en azuzar á vuestro perro. Mirad que el de aguas es verdadero perro de soldado, muy listo y que conoce todas las astucias de la guerra; tal vez el vuestro sea de noble raza, pero llevad cuidado, porque este será capaz de extrangularlo.

—¡Extrangular á mi perro! exclamó Richter; ¡á mi perro, que es capaz de comerse diez como ese! De un solo mordisco le rompería la espina.

Al oír esto, quise marcharme con Escipion, porque el Sr. Richter continuaba azuzando á Max, y todos se volvían riendo para contemplar la lucha. Tenía ganas de llorar; pero el viejo Schmitt me contuvo tocándome en el hombro y diciéndome en voz baja:

—Déjalos... déjalos... no tengas miedo, Fritz! nuestro perro conoce la política, te lo aseguro... el otro es un animal que nada ha visto.

Y volviéndose hacia Escipion, exclamó:

—¡Atención! ¡Atención!

Escipion no se movió; tenía la parte posterior en el rincón de la ventana, levantada la cabeza, brillándole los ojos entre el rizado pelo y entre los contraídos lábios se veían sus blancos y agudos colmillos.

(Se continuará.)

PUBLICACIONES.

Con el modesto título de *Auxiliar de Bufetes*, acaba de publicar nuestro querido amigo y correligionario Eusebio Freixa un libro de notoria y reconocida utilidad, conteniendo tabla de palabras homónimas, cuyo significado varía según contengan las letras *r, h, g ó j*; otra de las voces semejantes entre sí, otra de las palabras que se escriben con diéresis, etc., etc.; relación de los tratamientos correspondientes a las jerarquías civil, militar y eclesiástica; abreviaturas autorizadas por la costumbre y de las que se usan en el comercio; métodos sencillos para reducir las medidas y pesas antiguas de una provincia á otra, las antiguas á las métricas de la misma provincia, etc., etc.; nociones de cronología, sucesos históricos notables, antiguos y modernos de España y Europa; épocas históricas, ejemplos sorprendentes y Almanaque para el año 1872 con un índice completo de los santos y festividades.

Por este ligero resumen comprenderán nuestros lectores toda la importancia y utilidad de tan notable publicación, la cual forma un elegante volumen de 238 páginas y se vende en casa de su autor, calle de la Escalinata, 6, principal, al precio de 6 rs. en Madrid y 6 rs. 50 cént. en provincias. Los que deseen adquirir esta obra y el Calendario para los años 1872, 73 y 74, con pasajes escogidos de la Biblia y efemérides importantes, del mismo autor, podrán obtenerlas por el ínfimo precio de 8 rs.

Nuestro apreciable amigo y colaborador Francisco Flores y García ofrece á los suscritores á LA ILUSTRACION REPUBLICANA, á mitad de precio, todas sus obras literarias y políticas, que son las siguientes:

EL ESCLAVO BLANCO, poema, su precio 4 rs.

EL 11 DE DICIEMBRE, recuerdo histórico, 4 rs.

INGRATITUDES DE UN REY, episodio histórico, 3 rs.

Entiéndase que estos son los precios corrientes para el público en general.

Los suscritores á LA ILUSTRACION que deseen adquirir estas producciones por la mitad de su precio, podrán dirigirse á su autor, Francisco Flores y García, Pasión, 12, principal derecha, Madrid; remitiendo el importe de los pedidos en sellos de correo ó en libranzas de fácil cobro.

Acabamos de recibir un ejemplar de la biografía de *Adolfo Joaristi*, escrita por nuestro amigo C. Moreno Rubi, y publicada por la *Biblioteca social* de Moreno-Rubau.

Recomendamos eficazmente á todos nuestros amigos y correligionarios este nuevo libro, reflejo fiel de la vida y de los grandes servicios prestados á la causa de la República por nuestro malogrado amigo y colaborador Adolfo Joaristi.

Felicitamos á la *Biblioteca social* por el servicio que ha prestado á nuestro partido con la publicación de tan interesante libro, el cual, acompañado de su retrato en litografía, se vende al ínfimo precio de un REAL en todas las librerías, y en casa del editor Julio Rubau Donadeu, calle del Olivo, 6 y 8.

REVISTA GENERAL.

Las elecciones de ayuntamiento han terminado, empujándose por este gobierno que nos deshonra, según dijo hace pocos días *El Imparcial*, toda clase de medios para conseguir el triunfo, convirtiendo los colegios electorales en campos de sangrienta lucha. ¿Y todo para qué? Para sufrir la derrota más terrible, más humillante y vergonzosa que jamás sufrió gobierno alguno en esta época de la *España sin honra*.

El ministerio decía en todas partes, y sus órganos asalarados repetían á coro, que el gobierno no daba importancia ninguna á las elecciones, y que tan solo se ocuparía en garantizar el derecho de todos. ¡Qué horrible sarcasmo! El gobierno *incerosimil* que para desdicha de nuestra patria rige los destinos del país, mentía descaradamente cuando esto decía, y mientras en público negaba la importancia de la lucha, en secreto combinaba los más terribles planes, dictaba á sus delegados las más severas órdenes, y ponía en juego toda clase de medios á cual más inmorales y reprobados.

«El gobierno no toma parte ni da importancia á las elecciones de ayuntamiento...» exclamaba, mientras por su orden prendían á los electores más influyentes de Antequera, y conducían de cárcel en cárcel, atados codo con codo, como si fueran bandidos, á los hombres más notables de Játiva á Valencia; y cuando todas las clases de la sociedad valenciana se presentaban al gobernador en demanda de justicia, respondía este digno *satélite* del planeta Candau: *¿Que quieren Vds.? ¿Ganar las elecciones? Pues el gobierno también; con que cada uno que se arregle.*

Pero esto era aun poco, y en Lérida después de ganadas las mesas por el partido republicano, el gobernador anunció al pueblo, con toda la inocencia de un verdadero Cain, que las urnas y los libros talonarios habían sido robados, ignorándose por quién; todo el pueblo comprendió lo primero y adivinó sin vacilar lo segundo; es decir, el robo y el ladrón.

En la noble y libre Málaga no ha habido elecciones, y el bajá que rige en aquella desdichada ciudad ha cambiado CUATRO AYUNTAMIENTOS en quince días, ha preso á multitud de hombres, los más influyentes de la población, y negando á todo el mundo las cédulas electorales, ha confeccionado en su gabinete, por el sufragio universal de *su sola persona*, un ayuntamiento digno de tal gobernador y de tal gobierno.

En Gerona, barrios enteros han dejado de recibir las cédulas electorales; en Cádiz, en la cuna de la libertad, en una población de 70.000 almas, se han repartido *cuatro mil papeletas*, habiendo publicado los republicanos primero, los progresistas después y los conservadores por último, un manifiesto declarando que se retraían ante semejantes ilegalidades, dignas en un todo de este gabinete de los siete sábios de gracia, ó de los *siete durmientes*, que para el caso lo mismo da; y *El Comercio*, diario conservador de Cádiz, escribe á este propósito:

«Los colegios electorales han estado desiertos, pero ya verán nuestros lectores cómo aparecen que han votado centenares de personas con una perfecta unanimidad.»

En Tarragona nuestro partido, que, como todos saben, es la mayoría, determinó retraerse, lo propio que una gran parte de nuestros amigos de Barcelona; en Tortosa se suspendieron las elecciones porque los republicanos habíamos ganado las mesas, y según *El Ampurdanés* de Figueras, el alcalde de Pau, acusado ya ante los tribunales por las últimas elecciones de diputados, ni ha repartido cédulas ni señalado el colegio electoral.

En Medina de Rioseco, Torrox y otros muchos puntos, todos los liberales se han retraído; en Pedoli los monárquicos insultaron a los republicanos cuando se estaba haciendo el escrutinio, con objeto de armar un tumulto y apoderarse de las urnas; pero nuestros amigos lo comprendieron y se negaron a escuchar sus provocaciones, seguros, como ha sucedido, que al buscarlos luego, y solos, aquella valentía era una farsa.

Pero todo esto, y los escándalos de Dénia, los asesinatos de Cascante, las coacciones de Orense, el envío de tropas á Rubí, San Cugat del Vallés (Barcelona) y otras que sería imposible transcribir: todo esto y el haber pedido las oposiciones el procesamiento de los gobernadores de Cádiz, Málaga, Orense y Murcia, todo esto, repetimos, es nada al lado de lo acontecido en Sevilla.

Allí se ha encarcelado a multitud de ciudadanos, teniendo los arbitrariamente incomunicados; allí se ha organizado una cursal de la infame *Partida de la Porra*, que haciéndose los borrachos (solo borrachos pueden componer tan indigna asociación); han penetrado en el colegio de la Casa Lonja, y después de arrojarse al suelo la urna, han querido apoderarse de los papeles, y al ver la firmeza de los secretarios, uno de ellos, navaja en mano, ha acometido y herido al presidente, Sr. Barrilaro; allí se han eliminado miles de electores de las listas; allí, sin consideración a su sagrada investidura, se ha preso y encerrado en la casilla de San Pedro, lugar inundo donde solo son conducidos los borrachos, á los diputados provinciales Sres. Aceña, Camargo, Calzada, San Miguel y muchos ciudadanos; *La Revolución Española*, diario unionista de Sevilla, y conste que todos los datos que publicamos son de procedencia conservadora, cuenta que un amigo de lo actual le decía: «Hay dos máquinas: la eléctrica para poner en movimiento, y la neumática para hacer el vacío. Con ambas trabajaremos.» Nosotros apuntamos el dicho, y Dios mediante, daremos razón del hecho.

Nosotros también: se lo aseguramos á la *Revolución Española* de Sevilla, y al Sr. Candau también.

Si á esto se agrega que el gobierno, por temor á una nueva derrota, ha suspendido las elecciones en Guipúzcoa, contestando á una comunicación de aquel gobernador, fecha 10 de Octubre, el 30 de Noviembre, es decir, CINCUENTA DIAS después de recibir la comunicación y CINCO antes de comenzar las elecciones, se tendrá una idea aproximada de la farsa gubernamental en las elecciones municipales, en las que el gobierno no quería tomar parte.

Por lo que respecta á Guipúzcoa, diremos al ministro *inverosímil* que, haga las elecciones cuando quiera, las perderá seguramente, porque allí hay republicanos, liberales y carlistas, pero no hay admisión S. E.: ni *un solo calamar*, á pesar de ser San Sebastian uno de nuestros más hermosos puertos.

Sin tiempo ni espacio para transcribir todas las coac-

ciones y amaños de que hemos sido víctimas, publicamos el siguiente estado, que demuestra el magnífico triunfo que hemos obtenido, y por el cual felicitamos de todo corazón á nuestros valientes correligionarios.

Capitales.

Granada, todos republicanos.—Jaén, idem.—Palencia, idem.—Huesca, idem.—Orense, idem.—Castellón, idem.—Coruña, idem.—Teruel, idem.—Córdoba, idem.—Badajoz, todos menos dos, por un voto.—Almería, gran mayoría.—Salamanca, idem.—Valladolid, idem.—Alicante, idem.—Ávila, idem.—Palma de Mallorca, idem.—Huelva, idem.—Oviedo, idem.—Zaragoza, idem.—Valencia, idem.—Santander, idem.—Zamora, idem.—Guadalajara, mitad republicanos y mitad radicales.—Barcelona, mayoría relativa (18 concejales.)

Pueblos importantes.

Sabadell, todos republicanos.—Ubeda, idem.—Mahon, idem.—Mérida, idem.—Zafra, idem.—Ciudad-Rodrigo, idem.—Almendralejo, idem.—Almansa, idem.—Tala-vera, idem.—Pedralva, idem.—Rueda, idem.—Arcos, idem.—San Fernando, idem.—Villamartin, idem.—Villafraanca de los Barros, idem.—Barcarota, idem.—Barbastro, idem.—Martos, idem.—Pueblo Genil, idem.—Castro del Rio, idem.—La Carolina, idem.—Linares, idem.—Vigo, gran mayoría.—Don Benito, idem.—Baeza, idem.—Cartagena.—Lorca.—Alcudia.—Requena.—Molins.—Martorell.

Tenemos mayoría también en los nuevos municipios del Tomelloso, Peñaranda, Reus, Béjar, Gandesa, Rivadavia, Tobarra, Borja, Játiva, Menjíbar, Vilches, Sabiote, Villa del Prado, Bailen, Torre de Perongil, Segorbe, etc., y de 32 pueblos del partido de Arenas (Ávila), hemos ganado 11 por unanimidad y en 8 tenemos mayoría.

Lo que significa que el partido republicano ha tenido un gran aumento de fuerzas, consiguiendo un triunfo completo allí donde menos se esperaba, y aunque no tengamos ayuntamiento en Cádiz, Sevilla, Málaga y Jerez, ya por el retraimiento, ya por las coacciones llevadas á cabo, puede nadie dudar del republicanismo de esas ciudades, cuna de la libertad y baluarte inexpugnable de la República federal?

La fusión de las ramas borbónicas es un hecho; la reunión de los conservadores en el Senado, en la que ninguno hizo declaraciones á favor de lo actual, es la garantía exigida por los banqueros extranjeros para el gran empréstito que piensan contratar con objeto de dar un gran impulso á su causa; el lema será: *D. Alfonso con la regencia de Montpensier*.

Aviso á los monárquicos, porque los republicanos tenemos en el momento preciso lo que debemos, en la seguridad de tener á nuestro lado á todo el que de honrada y liberal se precie, y tenga presente el que venir no quiera, que él y solo él será el perjudicado, puesto que el pueblo cumplirá con su deber, cueste lo que cueste y pese á quien pese.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

Madrid: 1871.—Imp. de R. LARAJOS, calle de la Cabeza, 27.